

AQUELLOS TIEMPOS DEL *BONNIER*

Roberto ROSELLÓ GIMENO

Departament de Botànica. Fac. de Farmàcia. Universitat de València.
Avda. Vicent Andrés Estellés, s/n. 46100–Burjassot (Valencia)

RESUMEN: El autor evoca sus comienzos en la Botánica como compañero de Gonzalo Mateo en sus tiempos universitarios. Sin abandonar el tono humorístico, estos recuerdos son también un modesto intento por pincelar la atmósfera de aquellos primeros años de estudios de Biológicas en Valencia, y de la sociedad de la época. **Palabras Clave:** Gonzalo Mateo; recuerdos; estudios de Biológicas; Valencia.

ABSTRACT: In *Bonnier's days*. The author evokes his beginnings in Botany as a companion of Gonzalo Mateo in his university days. These memories are also a modest attempt to remember the atmosphere of those first years of Biological studies in Valencia, and of the society of the time. **Keywords:** Gonzalo Mateo; memories; Biological studies; Valencia.

Aunque esta jornada de hoy también tiene su faceta congresual, en el fondo es una fiesta de jubilación más que otra cosa, y por tanto una fiesta de despedida, no de soltero, claro. Si bien tienen en común que el agasajado, en este caso nuestro querido amigo y colega Gonzalo Mateo, va a cambiar de estatus con expectativas de disfrutar de una libertad que en el matrimonio no siempre se encuentra. Como compañero de promoción de Gonzalo —la cuarta—, mi intervención solo pretende meter unas pinceladas de color sepia sobre el fondo previsiblemente verde clorofila que se espera de una reunión de botánicos. Y como la nostalgia por la melanina capilar perdida no es un sentimiento que merezca ser tomado muy en serio, lo adobaremos con una pizca de humor que contrarreste el sabor dulzón de la melancolía.

La nuestra fue una de aquellas primeras promociones errabundas sin domicilio estable o definitivo, y que como los cangrejos ermitaños, tenía que buscar acomodo en caserones desocupados. Eran los años de *transición a la Transición*, y nos tocó ser conejillos de Indias de unos planes de estudios cogidos con alfileres y implementados con presupuestos de hambre. Y aún gracias que pudimos ser okupas consentidos en el llamado Convento, edificio que en otro tiempo fue casa hospicio de Ntra. Sra. de la Misericordia, situado a espaldas de la iglesia de Ntra. Sra. del Puig, regentada por los padres mercedarios. Allí compartí pupitre con futuros colegas botánicos como Ana Ibars, Isabel Mateu, Julio Iranzo, José Tirado, José M^a de Jaime, Carmen Antolín, Roberto Lázaro y, por supuesto, Gonzalo Mateo. Allí conocimos a inolvidables profesores como Don José Mansanet, primer responsable de una carrera de relevos que desemboca en el evento de hoy. Allí conocí también a un joven botánico farmacéutico, un tal Juan Bautista Peris —Batiste para los amigos—, que en aquellos años impartía clases de prácticas de Fanerogamia con Herminio Boira (a quien, por cierto, las Ray-Ban le sentaban más bien que a Batiste, hay que reconocerlo). Las prácticas de Criptogamia se impartían en la Torreta del jardín Botánico.

Por entonces yo era un jovencito *Robertstein* de pueblo, que había venido a estudiar biológicas al *cap i casal*

con cierta resignación por parte de mis padres, que hubieran preferido verme ingeniero agrónomo o registrador de la propiedad. Contra todo sentido pragmático de la vida, me vine para cursar unos estudios sin vinculación a ningún futuro profesional claramente predecible. Me dejé barba como requería mi condición de joven airado e inconformista, y cuando alguien del pueblo me preguntaba por mis estudios, recurría a Félix Rodríguez de la Fuente para aclararle “*què era això de ser biòleg*”. Sólo por habernos ahorrado tantas explicaciones, el amigo Félix ya se merece un monumento del Colegio Oficial de Biólogos de la Comunidad Valenciana. Por cierto, Félix (que tenía nombre de gato pese a ser el macho alfa de una manada de lobos) tenía muchos detractores entre la gente universitaria de aquellos años, porque era —decían— un “naturalista aficionado” sin título de biólogo, y porque no recuerdo a qué torturas decían que su equipo sometía a los animales, para poder filmar aquellos documentales que le hicieron famoso. Vamos, poco menos que se le equiparaba al verborreico padre Mundina, ¡que se hacía llamar botánico! El tiempo pone a todos en su sitio. Igual me da que Félix fuera dentista o paseador de patatas fritas, el hecho indiscutible es que contribuyó decisivamente a cambiar la sensibilidad de la sociedad española en favor de la naturaleza, y llenó las facultades españolas de una legión de entusiastas biólogos, apóstoles de la buena nueva del conservacionismo y del ecologismo, dos revoluciones sin las que, junto al feminismo, no se entiende el despertar del siglo XXI.

Yo vivía entonces en la otra punta de Valencia en un piso de estudiantes, hacia la mitad de la Avenida del Puerto, frente a la fábrica del Tu-Tú. Cómo olvidar aquellos madrugones invernales... Me tocaba coger dos trolebuses hasta las Torres de Serranos, donde juro que, al menos en invierno, no hacía precisamente *caloret*. Luego había que patearse un buen tramo de calles hasta el Convento, atravesando un barrio del Carmen que siempre amanecía lúgubre i maloliente, donde se respiraba una atmósfera medieval, debido, creo yo, a los excrementos y orines perrogatunos que desde los tiempos de *Pere el Cerimoniós* no habían sido removidos de allí. Me veo ya

sentado en el aula, esperando a Don José Mansanet para dar su clase matutina. Desde la ventana del piso de arriba del aula del Convento le veíamos aparcar o llegar a pie, inconfundible por sus andares y su sombrero. Don José olía de una forma especial porque acostumbraba a darse friegas de colonia o de algún potingue que probablemente fabricaba él mismo en su farmacia. En clase solía vestir un guardapolvo azul, y desde luego el sombrero lo dejaba colgado en su despacho. Tenía mano ágil para dibujar en la pizarra, y recuerdo su imagen de pie sobre la tarima, mirando de reojo los apuntes sobre la mesa, en el preciso momento de pronunciar la palabra *Laboulbeniales*, rociando la primera bancada de una fina lluvia de perdigones. Siempre he admirado la inteligencia y la erudición, y por eso me gustaban sus clases magistrales; don José no solo desprendía una tenue fragancia balsámica de herbolario, sino también una indiscutible *auctoritas* que emanaba de su gran erudición botánica, en contraste con su aspecto nada remilgado y su talante cercano y campechano. Me encantaba el moderno enfoque evolucionista que, a modo de hilo conductor, hacía de aquellas clases una interesantísima historia natural de las plantas. Eso sí, al volver a casa, tocaba pasar a limpio sus apuntes de clase, para lo que me servía de una piedra Rosetta de tapas verdes llamada Strasburger.

En mis tiempos se requería la realización de un herbario, creo recordar que de 300 pliegos. Advertido por un amigo, aproveché el verano anterior al comienzo de curso para comprarme en la librería universitaria Eva el manual de claves botánicas en francés “el Bonnier”, y así ir adelantando faena. El idioma no era problema porque soy de los pocos que van quedando que estudió francés en el bachillerato. Empecé a practicar en plan autodidacta un lejano verano del 72, azul, por supuesto. Aún retengo en la memoria olfativa y visual las dos primeras plantas que logré determinar, cogidas en una pequeña acequia que había junto a la alquería del Grao de Burriana donde veraneaba con mi familia: *Mentha rotundifolia* (hoy *M. suaveolens*) e *Inula dysenterica* (hoy *Pulicaria dysenterica*). Aquello fue para mí una revelación. No exagero si digo que debo parte de mi vocación a este manual, que para mí tenía mucho de adictivo. Aún conservo aquel ejemplar, hoy amarillento cual misal de la abuela, que marcó un antes y un después en mi forma de mirar las plantas. No creo equivocarme si digo que Gonzalo y Benito, con sus *Claves ilustradas para la flora valenciana*, deliberadamente o no han tratado de emular aquella benemérita *Flore portative*, obra maestra de la divulgación, para regocijo de tantísimos estudiantes y aficionados valencianos. Aquel Bonnier, todavía no adaptado a la flora ibérica como lo estaría en ediciones posteriores, demasiado grande para ser de bolsillo aunque sorprendentemente pequeño como para pretender albergar la flora de Francia, Suiza, Bélgica y parte de la Transilvania Inferior, me empujaba a salir de casa a buscar plantas raras. Necesitaba mi chute diario de Bonnier. Los jóvenes difícilmente lo entenderán pues no han conocido el estremecedor desierto editorial de libros naturalísticos de aquellos años, o la carencia de programas divulgativos tipo BBC o *National Geographic*. Los días que no tenía clase por la mañana, cogía un autobús en la Glorieta que me llevaba a El

Saler. Entre aquellas pinnadas pasaba mañanas enteras en soledad, con la única compañía del manual de Monsieur Gaston, deambulando entre dunas, *mallaes* y marjales, herborizando todo lo que me llamaba la atención. Era feliz, y si aquello no era el jardín del Edén, debía de parecersele.

Sin embargo, un pecado original causado por ciertos prejuicios vino a apartarme de ese camino. Un día, hablando con Gonzalo sobre nuestros planes para después de los estudios, recuerdo que me dijo, refiriéndose a la botánica: “lo tengo claro; esto es lo mío”. Yo sentía que también lo era para mí, pero padecía un bloqueo mental que me impedía aceptarlo. Un demonio interior digno de diván de psicoanalista me susurraba que la botánica era algo decimonónico, “una colección de cromos”. A nadie debe extrañarle ese desdén, porque en los tiempos actuales vivimos algo muy parecido, pese a la entrada en escena de la reconciliadora palabra “biodiversidad”, que confiere una indudable pátina de prestigio a los estudios taxonómicos. Para un progre de los setenta *comme il faut*, lo prestigioso, como hoy, era la genética y la biología molecular, y desde luego la evolución como gran eje vertebrador de la taxonomía. Es curioso, pero muchos intelectuales que desprecian el concepto de trascendencia vinculado a la religión, luego se obsesionan tratando de buscarla en este mundo. Recuerdo a mi llorado amigo y compañero de clase José Tirado, que en Biología tenía dos amores: Conrad H. Waddington (un neolamarquista) y Jean Piaget. La obra de Piaget “Biología y conocimiento” era su libro de cabecera. Fingí alegrarme mucho el día que me lo regaló. Después, tuve que mentirle diciéndole que me parecía *la hostia* de bueno. La verdad es que nunca pude pasar de la introducción, no entendía nada — ni la introducción—. O yo era un perfecto idiota, o mi cerebro estaba configurado de otra manera. Jose Tirado sí que parecía entenderlo y disfrutarlo, y por si fuera poco prefería el ajedrez al parchís, y ¡era invencible jugando a las cartas! Comprenderéis que en comparación con aquellas pajas mentales epistemológicas tejidas a base de escauceos entre ciencia y filosofía, saber nombrar las plantitas era una insignificancia, además de un entretenimiento pequeño burgués y reaccionario, más o menos lo que representaba la poesía para Yuri Andréyevich (el doctor Zhivago) en opinión de los bolcheviques. Bueno, el tiempo es una máquina que lo tritura todo (empezando por las articulaciones), y lo cierto es que al acabar los estudios, mi futuro se encauzó hacia las oposiciones a las enseñanzas medias, una profesión que siempre he amado; pero esta es otra historia. Sin embargo la vida se parece a una bola de billar por sus rebotes y carambolas, y pasados los años me reconcilié con mis álbumes de cromos y con mis queridas plantitas sin necesidad de psicoanálisis, gracias, supongo, a mi sentido del humor, y a mi puñetera costumbre de llamar a las cosas por su nombre — después de todo, ¿no va de eso la taxonomía?

En este punto de mi vida hubo un reencuentro providencial con Juan B. Peris cuando éste trabajaba con Manolo Costa, que me convenció de que no era demasiado tarde para mí, pese a ser entonces ya un cuarentón, alejado física y laboralmente de la universidad. Pero esa es otra historia.

Volviendo a Gonzalo Mateo, diré que siempre fue un buen compañero. Aunque nos veamos de uvas a peras, creo que nos alegramos sinceramente cuando coincidimos en cualquier lugar y ocasión. Entre sus mejores cualidades, aparte de ser un trabajador infatigable, destacaría que suele reírme las paridas. Por no hablar de ese envidiable físico de escalador que le ha permitido moverse entre peñascos como las cabras, cualidad ideal para buscar hieracios y otras reliquias glaciares. Debo aclarar que una diferencia con los citados bóvidos es que Gonzalo no se come las plantas que recoge, sino que las seca, las estudia, las dedica y las publica. Bueno, a veces se las bebe en infusión.

Si en la clasificación de los botánicos Gonzalo no es ya un *ochomil*, estará cerca. Dejo para otros la enumeración de sus apabullantes logros e indiscutibles méritos botánicos. Sin embargo a quienes quieran aproximarse a un Gonzalo más íntimo, aprovecho para recomendarles la lectura de sus “*Versos para una nueva era*”, donde nos presenta su ideario del mundo, aventurándose en un *streap-tease* literario. También gusta oírle cantando con su voz grave de bajo-barítono, acompañándose de la guitarra, todo un cantautor-protesta al estilo Paco Ibáñez. Por si fuera poco, en las últimas entregas de *Flora Montiberica*, se nos ha destapado como un dignísimo sucesor de Julio Caro Baroja. Y es que, en el fondo, este *vallisoletano* (valenciano de adopción oriundo de Valladolid), no sólo es humano sino que es un humanista de toda la vida.

Recuerdo aquella emotiva secuencia de la película “*Una mente maravillosa*” cuando en la madurez de su carrera, los colegas de Princeton de John Forbes le honra-

ban levantándose de uno en uno, acercándose y dejándole sobre la mesa sus estilográficas en señal de respeto. Sin ninguna duda, la prueba definitiva de que alguien ha triunfado en su profesión es el reconocimiento de sus colegas. Por eso estamos hoy aquí y hemos acudido a esta convocatoria, aunque sin plumas. Estilográficas, quiero decir. Y esto, maestro y amigo Gonzalo, no es nada para lo que está por venir. ¡Espera a morirte y verás!

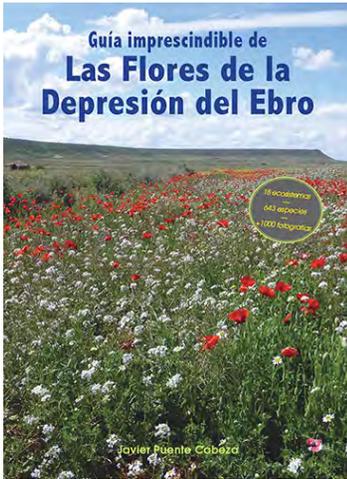
Concluiré con una pequeña anécdota. No creo que él se acuerde ya porque han pasado 45 años de ello. Fue durante el curso del 73, cuando aún éramos estudiantes, y estábamos ambos a un nivel comparable de conocimientos florísticos. Y es que, señoras y señores, Gonzalo me preguntó por el nombre de una hierba de bonitas hojas y largos ramilletes de flores amarillas que no lograba determinar. Y yo ¡me la sabía...! Era *Agrimonia eupatoria*.

De manera, queridos amigos y amigas, que este va a ser mi pasaporte a la posteridad: mi nombre quedará registrado en los anales de la botánica del mundo mundial por haber sido aquel —como *Raphael*— que una vez supo el nombre de una hierba desconocida para Gonzalo Mateo. Pensándolo bien no es poca cosa. ¿O es que muchos entre los presentes pueden presumir de semejante hito en su currículo?

Gonzalo: ¡enhorabuena! Que no te falte la salud, y que sigas *botaniqueando* desde tu benemérita jubilación.

(Recibido el 14-IX-2018)

(Aceptado el 12-XI-2019)



Guía imprescindible de las flores de la Depresión del Ebro

Javier Puente Cabeza

Col. *Guías imprescindibles de flora*, nº 5

Encuadernación rústica cosida 11 × 21,6 cm

380 páginas en **COLOR**

Fecha lanzamiento: **julio de 2018**

ISBN: 978-84-947985-3-5

PVP: 24,00€ + envío

Estudio monográfico sobre los géneros *Hieracium* y *Pilosella* en España

Con referencias a Portugal y los Pirineos franceses

Gonzalo Mateo y Fermín del Egidio

Monografías de Botánica Ibérica, nº 20

Encuadernación rústica cosida 17 × 24 cm

422 páginas en B/N y **COLOR**

Fecha lanzamiento: **enero de 2018**

ISBN: 978-84-945880-8-2

PVP: 26,95€- + envío



Flora vascular del término municipal de Córdoba *Catálogo florístico y claves de identificación*

Javier López Tirado

Monografías de Botánica Ibérica, nº 2

Encuadernación rústica cosida 17 × 24 cm

374 páginas en **B/N y color**

Fecha lanzamiento: **abril de 2018**

ISBN: 978-84-947985-0-4

PVP: 22,50€ + envío